

PEREGRINACION A MEC-CA

TODOS los años, en las fechas que en el calendario lunar musulmán expresan el mes religioso de «Dul hhiy-ya» (leer duljidcha), se reúnen en la rada de Yedda (puerto árabe del Mar Rojo) numerosos barcos de diversas nacionalidades, que descargan en su moderno muelle de construcción americana. El aeropuerto se ve constantemente animado por aterrizaje o despegue de aviones entre los que no es raro ver la bandera española o norteamericana al lado de la hoz y el martillo. En cierto modo, dentro del interés político o humano que muestre cada país, existe una especie de coquetería por lucir cada nación sus adelantos: un precioso barco turco, con marinos de uniforme y guapas enfermeras, luce sus sistema de radar al lado de un navío egipcio cuyos oficiales, algo chillones, visten impecablemente de blanco.

Yedda, el pueblecito silencioso, calurosísimo y lleno de moscas de que nos hablaba Lawrence —hoy tan discutido— en su magna obra *Los siete pilares de la sabiduría*, se encuentra esos días abarrotado de musulmanes de todas las naciones islámicas, libres o protegidas, y las Legaciones o Consulados se ven en activo movimiento, luciendo, en las azoteas de sus casas, los colores de sus pabellones nacionales.

Hace pocos años fueron tiradas las murallas que rodeaban la ciudad que concentra el mayor número de peregrinos mahometanos y que sirve de punto de partida para Mec-ca, situada a unos cuarenta kilómetros hacia el interior. En la actualidad, ya existen aceras, guardias de circulación, luz eléctrica, algunos establecimientos de comidas y bebidas sin alcohol (mucho coca-cola); se oye radio, y se ven circular innumerables coches americanos recién salidos de las fábricas, que son conducidos por enjutos, altos, elegantes árabes de perilla negrísima y ojos como el carbón. Existen varios bancos donde se mueven un sinnúmero de divisas-cheque, y cambistas en el zoco,

con cajitas donde alinean monedas de oro de varios tamaños, barritas del precioso metal y billetes de diversos dibujos.

En unas calles cruzadas, algo más amplias que el resto, con algunos toldos protectores, existen numerosos puestecitos donde se vuelcan mercancías de muchos países. Al lado de lo exótico, se encuentra siempre —aparte las farmacias— el «plexiglás», como una invasión moderna de Norteamérica e Inglaterra.

También España, la amiga de los árabes por excelencia envía a sus peregrinos de Marruecos y de otros lugares, en avión o en barco adecuado, y se les provee de cuantos servicios alimenticios, religiosos y sanitarios necesitan. Comidas apropiadas que preparan cocineros musulmanes; carnes en vivo que sacrifican matarifes mahometanos. Kádi, Aadúl, Imam, para los litigios durante el viaje, testimonio de muertes, nacimientos, e, incluso, casamientos, así como rezos y cánticos especiales en común, que hacen los hombres en un lado y las mujeres en otro, separados. Médico musulmán, practicantes, sanitarios y enfermeras de la misma religión, ambulancia, cine, discos, lavanderas, peluqueros, etc.

* * *

La peregrinación a los santos lugares del Islám, es uno de los cinco pilares sobre que está edificada la religión islámica. Este acto es llamado «El Hhayy» (léase Jach), vulgarmente «El Hhiyy» o peregrinación a los santos lugares, anhelo de todo buen musulmán.

Según la costumbre de Marruecos, llaman «Hhayy» a todo el que hace esta peregrinación o piadosa visita a Mec-ca y Medina, y ello viene a ser como un título que quiere decir peregrino. Cuando un marroquí musulmán visita un santuario cualquiera de su país, es llamado «záir» (visitante, plural «zóiar») y hay quien dice que el que visita siete veces la tumba de Mulai Abselam Ben Maxix, en Beni Arós, tiene el mismo mérito que el que va a Mec-ca una vez.

En todas las ciudades de Marruecos llaman «Hhayy» a todo el que va a Mec-ca, menos a los «xorfa» (descendientes del profeta del Islám), pues tiene, por su origen de sangre, mucha más categoría que el simple peregrino, y, caso de darle este título, le anteponen el de «Sidi» (mi señor), o sea, que le llaman «Sidi el hhayy».

Sólo debe ir en peregrinación a Mec-ca y Medina el que puede,

por tener salud y medios para ello. El pobre y el enfermo, están dispensados de este acto. No se es «Hhayy» hasta que se llega a la pubertad («bálag»), aunque se haga el viaje, pues no es raro que algún peregrino o peregrina («Hhayya») lleve a sus hijos pequeños de viaje.

Los ritos en tierra santa musulmana, son:

1) «Al Ihhrám», o estado especial del peregrino al entrar en el «Bilad al mokaddasa» (tierra santa), consistiendo la vestimenta, para este estado, en un traje especial compuesto por telas o toallas sin coser, llamadas: la que cubre la parte superior del cuerpo, «Rídá»; la que cubre las caderas y muslos, desde la cintura, «El Uzra» o «Mizár»; las sandalias, «naalain» (dual de «Náala»), y el cinturón de peregrino, ancho y con bolsillos para llevar monedas o billetes de banco.

2) «Af Tauáf», cuando se entra en el templo de Mec-ca, de cuatro minaretes para los cuatro ritos. «Tauáf el kadúm» que consiste en dar siete vueltas alrededor de la «Cáaba», situada en la mitad del gran patio de la Mezquita, besando, en la última vuelta, la piedra negra o «Hhyár el asuád», llamada por el vulgo «Hhayar assád», o piedra feliz.

3) «Essái», a la salida del patio de la mezquita, después de haber dado las siete vueltas a la «Cáaba», y que consiste en siete carreras que ha de dar el peregrino entre «Sáfa» y «Márúa», que son dos lugares de Mec-ca, a la vez que recitan unas oraciones que les dirige el guía especial árabe que han alquilado, y que es llamado «Mutáuíf».

4) «El Uukúf fi Yebel Aarafa», esto es, estar de pie entre el Monte Aarafa, para rezar y escuchar una especial recomendación del Imam.

5) «Ed Dahhia», o sacrificio de un animal, cuya clase depende de los medios económicos de cada peregrino. Es preferible —en teoría— el borrego «sordí», de ciertas condiciones, y sin defectos.

6) «Et Tauáf del ifáda», que es obligatorio, y como despedida del «Hhayy». Para despedirse de la Mecca, se hace «Et Tauáf el uaada».

* * *

Desde tiempos anteriores al Islam, existió siempre un espacio sagrado, donde no eran permitidas las guerras ni la caza, llamado «El Hharám el mac-qui» y estaba limitado: al N., con Aasáfan; al S., con

Daturki; al E., con Uadi Mahhrám, y al O., con Hhadda. Copiado de este Hharám (harén), todas las naciones musulmanas tienen lugares llamados El Hharm, Hharám o Hhorm, como el Hharám maxixi, el Hharam uazani, Hharam raisuni, Hharam idrisi, etc.

Dentro de este Hharam saaudi, se encuentran las ciudades de Mec-ca y Medina.

Se llama «Mahhal-lu-l-Ihhrám» el sitio en que cada nación musulmana tiene asignado para su llegada durante la peregrinación: Para Marruecos, Rábag; para el Iraq, Datuarkin; para Egipto, El Yóaafa; para Siria, Táiba, etc. Así como los saaudis, tienen también el suyo: para los medinenses, Bir Aali; para los meccáuis, Tóua, etc.

Todo el ritual principal de la peregrinación se concreta en la Cáaba. Según la tradición, Dios ordenó a Sidna Ibráhim (Abraham) que construyera la Cáaba, o «El Béit», 2.793 años antes de la «Hijra» (Héjira). Lugar de peregrinación antes de Sidna Mohhammed (Mahoma), llegó a ser centro principal de la religión y del comercio.

Abraham, renunciando a la idolatría de sus padres, llegó a pelearse con Azar, su progenitor, fabricante y vendedor de ídolos, y se fué a Palestina de donde, fracasado su intento de propagar la fe, se trasladó a Egipto, en que reinaban unos árabes beduinos llamados «El Amálica».

Sara, la esposa de Sidna Ibráhim (Abraham), de maravillosa belleza, era estéril, y, enterado el rey egipcio de su hermosura, concibió la insana idea de apoderarse de ella. En un sueño, supo quién era Abrahám, despidiéndole rápidamente del país para no volver a caer en la tentación, y regaló a su esposa una esclava llamada «Hhayár» (Agar), de donde proceden los Hhayarién o agarenos.

Vueltos a Palestina, Sara, en vista de su esterilidad, concedió a su esposo el casarse con Hhayar, de la que tuvo a Ismaail (de ahí los «ismaailién»). Por desavenencias entre esposas, Ibráhim se vió obligado a alejar a Agar y a su hijo Ismaail, dejándoles en un lugar del desierto de Arabia, llamado Uádi Aguiri di Záraa. Allí rogó a Dios que les amparase, les dejó algunos víveres y un pellejo con agua, y regresó junto a Sara. Pasando un pequeño espacio de tiempo, consumida ya el agua, el pequeño mostró sed hasta llegar un momento en que la madre, desesperada, y sin ver a nadie, corrió, alocada, de una colina a otra, buscando algún indicio de agua o humedad; esas pequeñas colinas, eran las llamadas Sáfa y Márúa, que en la actualidad

están señaladas, dentro de las edificaciones de Mec-ca, con unas construcciones especiales. La pobre mujer, después de haber hecho el recorrido siete veces, oyó una voz, pero no vió a nadie; una golondrina rozó la arena caliente del desierto con una de sus alas: era un ángel del cielo en forma de pájaro, ya que en aquel preciso lugar brotó un caño de agua; Dios hizo el milagro de hacer aparecer una fuente que manaba y el agua se extendía por el suelo ardiente. En su ansia de que no se escapase el líquido precioso, la madre, arrodillada, reunía arena alrededor, diciendo, apresuradamente: «zem», «zem», «zem»... reúne, reúne... De ahí —dice la tradición— el nombre del célebre pozo próximo a la Cáaba, donde beben los peregrinos.

El agua siguió corriendo ininterrumpidamente, y ella, Agar, se constituyó en dueña del lugar en que Dios habíase mostrado propicio a ampararla. En cierta ocasión, pasaba por allí una caravana formada por gentes de Yorhom, del Iamán (El Yemén), a quienes Agar consideró huéspedes; se establecieron en tiendas, y con ellos Ismaíl aprendió a hablar. Pasados los años, el hijo de Abraham se casó con una muchacha de los Yorhom.

* * *

Siguieron los días y volvió Sidna Ibráhim a reunirse con su hijo, antes de casarse éste. Le abrazó y le dijo (tradición musulmana del sacrificio de Abraham):

—¡Oh!, hijo mío; vengo a sacrificarte, por orden divina. ¿Qué me dices?

—Haz lo que Dios te ordene; siempre me hallarás dispuesto —contestó el hijo, y agregó—: Te ruego que acabes pronto.

La tradición marroquí se extiende en detalles minuciosos de la marcha hacia el lugar en que iba a ser sacrificado, y que no son de este pequeño trabajo. Llegados al Yebel Minan, la cuchilla se resistió a cortar la carne inocente, y Dios, a cambio, le envió un cordero, por medio del Arcángel San Gabriel, que habló así:

—Veo, ¡oh!, Abraham, que has cumplido. Aquí tienes lo que has de sacrificar —y le mostró el animal.

Muerta Agar y casado Ismaíl, llegó de nuevo Ibráhim, que mostró desagrado por la primera mujer de su hijo. Este, obediente, la

divorció y casó con Báala Bintu Mudad Ibnu Aámar el Yorhumi, décimo rey de los Aulad Yarhom, con la que tuvo doce hijos, de los que más tarde salieron los Mustaariba, los Ismaailien y los Hhayarién (mostárabes, ismaelitas y agarenos). Esta mujer sí fué del agrado de Abraham.

Otro nueva visita de Sidna Ibráhim, fué para construir la «Cáaba».

Llegó al lado de Ismaail, y le dijo:

—He venido ahora, hijo mío, a otra misión que Dios me ordena: a construir un «Bat Al-lah».

Empezaron la obra los dos, por vez primera (esta tradición no está de acuerdo con los que dicen que fué Sidna Adam (Adán) el primero que la construyó y que el Diluvio la había deshecho; y otros agregan a esto que cuando las aguas fueron a derrumbar el templo construído por Adán, bajaron numerosos ángeles del Cielo, que levantaron el templo y lo conservaron hasta que bajaron las aguas y lo volvieron a colocar en su sitio). Cuando Abraham y su hijo llegaron a una altura en los muros en que ya no podían continuar el trabajo por no alcanzar, se ayudaron poniéndose sobre piedras, y una de ellas, cogida por Ismaail para que se apoyase su padre, fué la «piedra negra» o «hháyarat el asuád», a la que han inventado miles de leyendas, y que Ismaail colocó por su color como señal de recuerdo a su padre, y que hasta la actualidad es venerada, y constituye, además, la señal de comienzo de las vueltas («Tauáf») de los peregrinos alrededor de la Cáaba.

Esta Cáaba o Casa de Dios es una torre cuadrilátera de lados y ángulos desiguales, en forma de trapezio. La grandeza del edificio y la tela negra que lo cubre le dan la apariencia de un cuadrado perfecto. Al lado E. está el ángulo que contiene la «piedra negra». El conjunto está construído de piedras sillares cuadradas, de cuarzo y mica, sin pulir. Mide 34 pies y 4 pulgadas de altura. Un zócalo de mármol rodea el pie del edificio, con gran número de anillas de bronce para atar la gran tela negra que la cubre, o «Quésua».

La parte interior es una sala, con dos columnas que sujetan el techo. Una tela de seda color rosa cubre paredes y columnas, y éstas están atravesadas por una barra de plata. Del techo penden lámparas de ricos metales y piedras preciosas, regalos de poderosos sultanes del pasado. A la izquierda de la puerta, sobre una mesita, hay una bolsa de seda verde, recamada en oro, que guarda la llave de la Cáaba. El

templo, como hemos dicho, se halla cubierto por una gran tela negra, «táub el Cáaba» o «Quésua», vestido (en Marruecos, a muchos sepulcros de santos, les cubren con telas análogas, mucho más pequeñas, copiando ésta de Mec-ca). A dos tercios de la altura de este manto negro tiene, bordada en oro, la leyenda de la profesión de fe mahometana :

«La iláha il-lá Al-lah ua Muhhammad rasul Al-lah.»
(No hay más dios que Dios y Mahoma es su profeta.)

Cada nueva Pascua, se cambia de quésua y el viejo se corta a trocitos que venden como reliquias. Esta costumbre del cambio, parece provenir de los «aabbasien»

«Diros he del alcaaba
y de su tanta nobleza
oro y plata y riqueza
que no se le falla cuenta.
Tiene rica vestimenta
de seda adamasquinada
y chapada de plata fina
muy rica tiene la puerta.»

Muy próximo a la Cáaba, en el gran patio de la mezquita, se halla el pozo de Zemzem, y se llama zemzemi al que en cubo grande de metal reparte el agua a los peregrinos, que la consideran con la misma devoción que la de Lourdes para nosotros, y que suelen llevarse a sus casas en botellitas. Está recubierto de elegante construcción, y su brocal es de mármol.

Otro lugar del patio es el «makam Ibráhim», encerrando a la piedra que sirvió —según la tradición— a Abraham de escabel cuando construía con Ismaél la parte alta del edificio.

* * *

Cuando la peregrinación se efectúa en la época mencionada, se llama El Hhiyy o Hhiyya o El Hhayy. Cuando se hace en otra época, es llamada Al Omra. Conviene ir después a Medina (Iatrib)

para visitar, dentro de la Mezquita, la tumba de Mahoma, pidiendo por su salvación, así como por la de los Jalifas Abu Bequer y Aomar, enterrados en el mismo recinto.

Las ceremonias de la peregrinación, parecen recordar:

—Los vestidos del Ihhrám, los sudarios de los difuntos.

—Las vueltas, a los que adoraron al Dios Unico: Adán, Abraham, Ismael y Mahoma.

—Las siete carreras, la convicción de que Dios siempre ayuda.

—Aarafat, el día del Juicio Final.

—Las lapidaciones (en las que arrojan tres veces siete piedrecitas a unos «demonios» figurados en piedras), la repudiación a satán.

El que va a peregrinar, debe ser: mayor de edad y libre; sano de cuerpo y alma; poseer lo suficiente para hacer el viaje después de dejar bien situada a la familia; hacer el viaje con toda fe; entrar en estado de Ihhrám oportunamente; hacer las siete vueltas a la Cáaba; efectuar las siete carreras entre Sáfa y Márua; ir con los demás al Yebel Aarafat el día 9 del mes de «Dul hhiyya».

* * *

Antes de partir el peregrino para Mec-ca, recita una plegaria que dice, aproximadamente: «No hay más dios que Dios a quien pido protección». A lo que la familia le responde: «Que Dios te conserve la fe y te dé suerte. Buen viaje y que vuestras faltas os sean perdonadas».

Cuando entra en estado de «Ihhrám» (tras un minucioso aseo si puede) ya no se rasura hasta acabar las demás ceremonias de Mec-ca, no puede matar, ni siquiera insectos, ni cortar rama, flor o árbol, y, mientras se dirige a Mec-ca, recita (canta, mejor dicho):

«Lá xarica laca...

«Heme aquí, Dios mío, Tú no tienes asociado, etc...»

Al ver tierra sagrada, ruega: «vuelve mi cuerpo sagrado, como el de tus elegidos...».

Desde Yedda a Mec-ca, ya van guiados, orientados por los «Mu-

tauífin» que les sirven de directores de rezos y maestros de ceremonias.

Al entrar en Mec-ca: «¡Oh!, Dios, he venido a Ti desde mi país lejano, cargado de pecados, esperando que Tú me perdones con tu Misericordia.»

Entra con los pies desnudos en el patio de la mezquita, detrás del «mutáuíf», besa o toca la piedra negra, diciendo:

«Bismil-lah» «Al-lahu acbar» «El hamdulil-lah»
(En el nombre de Dios.) (Dios es el más grande.) (Loor a Dios.)

Mientras va dando las siete vueltas, el peregrino reza varias oraciones, una de las cuales viene a ser: «¡Oh!, Dios, ésta es tu casa, tu santuario, tu salvaguardia, donde se implora tu socorro contra el fuego, imploro tu perdón...»

Tras otras plegarias que harían interminable el relato, se dirige el peregrino al pozo de Zemzem de cuya agua bebe hasta hartarse. Luego, sube a Sáfa, donde por tres veces, dice:

«Al-lahu acbar... Al-lahu acbar... Al-lahu acbar.»

Y añade:

«El hamdulil-lah»

Acabadas las siete carreras, que van acompañadas de rezos especiales, el peregrino entra en una barbería donde le rapan, después de invocar a Dios.

El día 8 de Dul hhiyya, después de la oración de madrugada todos los peregrinos salen de Mec-ca hacia el valle de Mina (Mona, Muna o Minan) donde pernoctan. Al día siguiente se trasladan al Yebel Aarafat donde deben estacionarse después del rezo de mediodía («ed dohor»), para asistir al rito por excelencia de la peregrinación. Allí, el Imam, montado en blanca camella recuerda a Mahoma cuando cerró, por decirlo así, su predicación y, por tanto, acabó de crearse la nueva religión islámica. Allí rezan «ed dohor» y «el magrb», tras de lo cual, la enorme masa de peregrinos van tras el Imam otra vez

a Mina, pasando por los llanos de Muzdalifat donde deben pasar la noche. Al levantarse, cada peregrino recoge 21 piedrecitas, se establecen de nuevo en Mina, amanece el «Aaid el Quebir» y se sacrifican los animales para ello dispuestos. Se lapidan los tres «yemmarat» o «xiaten», tirando siete piedrecitas a cada uno.

La visita a Medina puede hacerse antes o después de ir a Mec-ca; al llegar a esta ciudad, el peregrino se abluciona y se viste de gala. Entra en la mezquita en que está la tumba de Mahoma y reza:

«¡Oh!, profeta de Al-lah: que la bendición y los beneficios de Dios sean para Ti, tus esposas, hijos, parientes y compañeros. Que Dios te salve y bendiga, como lo hizo con Abraham y su familia. Tú has transmitido, en verdad, el mensaje de Dios a sus criaturas. Has adorado al Dios sin asociado. Has aconsejado a tus siervos.»
Ante las tumbas de los dos Jalifas, reza otras plegarias. El que tiene medios, completa su viaje con la visita a Jerusalem, para visitar la tumba de Abraham, cerca de la Mezquita de Omar. Los marroquíes no suelen hacer este último viaje.

Al regreso, están bastantes días purificados y se esmeran en no mentir o pecar. Al entrar, de regreso, en sus casas, los marroquíes celebran una fiesta llamada «Ed dájla», a la que invitan a sus parientes, amigos y vecinos que le dan la bienvenida y a los que él ha traído regalos del lejano país.

V. BENEITEZ CANTERO